ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
Y
BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

EL COLLAR DE PERLAS

ZARZUELA BUFA EN DOS ACTOS Y CUATRO CUADROS

LETRA DE LOS

SRES. NOGUÉS Y REVENGA

MÚSICA DEL

CÉLEBRE AUBER

ARREGLADA, AUMENTADA É INSTRUMENTADA POR EL MAESTRO

D. TOMÁS FERNÁNDEZ GRAJAL

MADRID

EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.º

ARREGUI Y ARUEJ
Greda, 15, bajo

1891

EL COLLAR DE PERLAS

ZARZUELA BUFA EN DOS ACTOS Y CUATRO CUADROS

LETRA DE LOS

SRES. NOGUÉS Y REVENGA

MÚSICA DEL

CÉLEBRE AUBER

ARREGLADA, AUMENTADA É INSTRUMENTADA POR EL MAESTRO

D. TOMÁS FERNÁNDEZ GRAJAL

Estrenada en el TEATRO ELDORADO de Barcelona, el 22 de Agosto de 1891

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

ADVERTENCIA

Para escribir esta obra nos ha servido de base un libro de Scribe y de Saint-Georges. Las reformas que hemos hecho son muchas y esenciales, y el diálogo completamente original.

La letra de los cantables resulta esclava de la prosodia musical, y mientras no sea posible abolir la esclavitud en todas sus manifestaciones, el esclavo nunca será lo que, persona ó letra, debe ser.

N. R.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FIGARINA	Sra. Romero.
HINDA	Górriz.
BAMBOLÍN	Sr. Romea.
DON GONZALO	Gamero.
MOSQUITO	Ortas.
KAKIKÚ	Mañas.
BENJAMÍN	Srta. Las Heras.
JACINTO	Valle.
ALÍ-BUEY	Sr. Montijano.
JERÓNIMO	Martínez.
UN UJIER	García.
UN PIRATA	López.
UN MOZO DE HOSTERÍA	Llorente.
UNA DAMA DE LA CORTE	Sra. Olavide.
OTRA IDEM	N. N.
UN CABALLERO	Sr. N. N.

Coros: De cortesanos, de piratas y de pajes. Cuatro heraldos

La acción en los dominios del Rey Bambolín.—Siglo XVIII

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Antecámara en el Palacio de Bambolín

ESCENA PRIMERA

BAMBOLÍN sentado en un sillón cerca de una mesita. MOSQUITO le sirve de beber en una copa muy grande.

Mos. ¿Lleno la copa?

Bam. Sí.

Mos. ¿De cuál?

Bam. De cualquiera. ¿No sabes que en siendo vino todos me gustan? (Mosquito llena la copa y Bambolín bebe.) Bebe tú también y anímate. A mi lado no quiero gente fúnebre. (Bebe Mosquito.) Conque, ¿decías?...

Mos. Que mis más profundos estudios han sido sobre la mujer, considerada desde el punto de vista de su influencia en la prosperidad de las naciones.

Bam. Y ¿qué has sacado en limpio?

Mos. Que la mujer, cuando es joven y bonita, es un animal doméstico muy util; porque la pobreza que más perjudica á un país, es ser pobre de gente.

Bam. Verdad.

672402

MOS. Por eso yo he resuelto casarme, si no me dan calabazas.

BAM. ¿Estás enamorado?

MOS. Como un loco.

BAM. ¿De quién?

MOS. Antes, si vuestra majestad me permite, una pregunta.

BAM. Pregunta.

MOS. En vuestra real casa, ¿por qué desempeña una mujer el cargo de barbera?

BAM. Uno de mis antepasados era tan hablador, que ni aun cuando lo afeitaban suspendía el movimiento de la lengua. La Constitución entonces vigente, decía: «Título segundo. De los derechos individuales. Artículo primero.—A quien le suelte un chirlo al Rey, se le darán cien azotes.» Los barberos, noticiosos de lo mucho que se movían las regias mandíbulas, dando ocasión á involuntarias cortaduras, y en vista de lo que estas costaban, dijeron: «¡zape!» y mi pariente tuvo que dejarse crecer la barba, aunque le sentaba muy mal, porque era más feo que tú.

MOS. Mi fealdad es llevadera.

BAM. Por eso he dicho, que era más feo que tú. Presentóse á la sazón una joven muy bonita, diciendo que sus manos eran tan suaves y ejercitadas, que no había más que pedir; se sometió á la prueba, y aunque mientras descañonaba al Rey este se puso á hablar largo y tendido, no hubo el menor tropiezo. Resultado: que la joven cayó de pie, no careció de nada, y obtuvo un título.

MOS. ¿Un título?

BAM. El de la Marquesa de la Real Brocha. Tú comprenderás, que habiendo sido mujeres las que afeitaron á mis predecesores, yo estaba obligado á respetar la costumbre... Por eso desempeña tan delicadas funciones...

MOS. Figarina.

BAM. ¡Qué manos tiene! Sobre todo la derecha. Algunas veces se me antoja besársela; pero me contiene la dignidad.

MOS. Bien hecho, señor. Los labios de un Rey no

deben ir á parar á las manos de una barbera.

BAM. Y á tí ¿qué te importa?

MOS. Es.... que...

BAM. Vamos, ¡ya! Es que tú también... Es decir: es que tú andas á los alcances de Figarina.

MOS. Estoy borracho de amor.

BAM. Pues, es la peor de las borracheras. ¿Le has declarado ya tu atrevido pensamiento?

MOS. Hasta ahora no he dicho que esta boca es suya.

BAM Ten presente, que á esa muchacha no le mortifica la gula de la riqueza; porque ha rechazado proposiciones muy ventajosas. Tal vez sea esta última, la circunstancia que más ha influído para que yo adopte resoluciones importantes.

MOS. No entiendo.

BAM. Es un asunto de estado ¡grave, muy grave! Tú eres la primera persona que va á saberlo. (Levantándose.)

MOS. Señor, esa confianza me conmueve.

BAM. Mis cortesanos dicen, que si fué y que si vino... Calumnias. ¡Con Figarina, ni esto!... (Dándose en los dientes con la uña del pulgar de la mano derecha) Pero yo necesito calmar el rabioso huracán de mis pasiones...

MOS. (A buena hora se acuerda.)

BAM. Te voy á enseñar un retrato... ¿Quieres verlo? (Registrándose los bolsillos.)

MOS. Sí, señor.

BAM. Sus cabellos son más negros que las alas de un cuervo. ¿Quieres verlos? (Como antes.)

MOS. Sí, señor.

BAM. No tiene más que dos ojos y parece que tiene doscientos, según los resplandores que despiden. ¿Quieres verlos? (Como antes.)

MOS. Sí, señor. (Creciendo su curiosidad.)

BAM. La boca, hasta pintada, huele á incieso y mirra. ¿Quieres olerla? (Sin dejar de registrarse los bolsillos.)

MOS. Sí, señor.

BAM. Pues no puede ser, porque hace dos días que se me perdió... ¿Si habrá sido Figarina?

(De pronto, como asaltado por una idea.) ¿Con qué idea? No lo sé; pero voy á demostrarla mi enojo. Alguien viene. Ni una palabra de lo que te he dicho.

MOS. Si vuestra majestad no me ha dicho nada.

BAM. Figúrate que te lo he dicho.

MOS. (¡Es ella!) (Contempla embobado á Figarina.)

ESCENA II

DICHOS y FIGARINA. Rambolín se sienta y fuma en una pipa. Mosquito de pié á la izquierda del Rey. Entra Figarina trayendo una bandeja de plata con bacía y cafetera, y al hombro un paño para la barba

BAM. ¿Quién te ha llamado? ¿A qué vienes?

FIG. A ejercer mis funciones.

BAM. Está decretada tu cesantía.

FIG. ¿Desde cuándo?

BAM. Desde hoy.

FIG. Sea enhorabuena. (Deja el paño y la bandeja sobre una mesa.) Vuestra majestad pierde más que yo.

BAM. Puedes, sin embargo, afeitarme por última vez, como gracia especial.

FIG. Muchas gracias; no la solicito. (Se dirige hacia el foro.)

BAM. Espera.

FIG. Los cesantes no están obligados á obedecer.

BAM. No me irrites. Estás muy llena de tí.

FIG. Porque valgo mucho.

MOS. ¡Mucho! (Sin dejar de contemplarla.)

BAM. ¿Qué dices tú?

MOS. Que vale mucho.

BAM. Pues si no fuera por eso... ¡Qué mujer! (Contemplándola.) Es el botón de una rosa que principia á abrirse.

MOS. Déjese vuestra majestad de botones.

BAM. Cada día la encuentro nuevos atractivos.

MOS. ¿Y la morena que huele á incienso?

BAM. Todo se andará. Esta, por lo pronto, está aquí. Vete.

MOS. Señor, hay que vivir y dejar vivir...
BAM. ¿Consejitos sin yo pedirlos? Vete, vete.
MOS. A lo que obliga un sueldo. (Muy contrariado. Váse por el foro.)

ESCENA III

FIGARINA y BAMBOLÍN

BAM. ¿Qué esperas?
FIG. El decreto de mi cesantía.
BAM. Queda retirada.
FIG. Eso es otra cosa. (Desplegando el paño de la barba.)
BAM. Abusas. (Se sienta.)
FIG. ¿Yo?

Música

(Durante el retornelo del duo, Figarina prepara sobre una mesita todo lo que es necesario para afeitar á una persona.)

BAM. Vamos, mujer;
tengo que hacer.
FIG. ¿Qué ocurre?
(Colocando en medio de la escena un sillón, en el que se sienta Bambolín.)
BAM. Como siempre, tan curiosa.
Nada te diré. (Sentándose.)
FIG. Lo adivinaré.
BAM. Muy difícil es.
(Figarina con soltura y viveza despliega y sacude el paño de la barba y lo ata al cuello de Bambolín.)
FIG. (Mientras enjabona la cara de Bambolín y le afeita el lado izquierdo.)
Ay, señor; á ciertos años
el casarse es grave mal;
porque á ciertos desengaños
preferible es un dogal.
BAM. ¿Yo casarme? No haré tal. (Sonriéndose.)
FIG. En negarlo hacéis muy mal.
Si la cosa es cierta,
vuestra majestad,

que yo se lo advierta
no debe extrañar.
Sé que en nuestro sexo,
como es natural,
suele entrar por mucho
la cuestión de edad.
Y si *él* es un caso
(Muy marcado, aludiendo á Bambolín.)
de longevidad...
(Bambolín hace un gesto de cólera.)
sin querer, vos mismo
os váis á cortar.
(Vivamente, con la mayor malicia y levantando de pronto la navaja.)

BAM. ¡Insolente!
Ten pulso, ten pulso,
y, á más, ten la lengua.
¡Me has puesto covulso!
¡Chitón! ¡Vive Dios! (Muy enfadado.)
¡Tu charla maldita
me carga y me irrita!
¿Que estoy ya maduro?...
¡Mejor que mejor!

FIG. Señor, tendré pulso,
que al veros convulso
también yo recibo
la gran desazón.
Con todo, la cosa
resulta dudosa. (Con mucha malicia.)
Que déis, no quisiera,
ningún tropezón.

—

BAM. ¿No has de ser jamás prudente?
Aquí tu oficio es afeitar:
conque afeita solamente,
sin mezclarte en nada más.
(Levantándose y fuera de sí.)

FIG. Señor, he procurado,
que no lleguéis á dar paso arriesgado.
(Obligando á Bambolín á sentarse.)

BAM. Todo está bien;
y mejor, si lo hicieras
sin criticar también.

FIG. Ofenderos creí que no podría,
lo que fué nada más que tontería.
(Afeitando á Bambolín.)

BAM. ¿De verdad?

FIG. De verdad.
Tenéis muy poca edad.
(Con marcada ironía.)

BAM. ¡Por vida!... Ya me enoja tanta audacia.
(Levantándose fuera de sí y enjugándose la cara con el paño.)
Tú abusas, Figarina.

FIG. ¿Yo? ¡Qué gracia!
Si calla la verdad,
no procede el vasallo con lealtad.
Suele amor alterar...

BAM. ¿Qué?

FIG. La cabeza.

BAM. ¡Insolente!

FIG. Yo os hablo con franqueza.

—

Ya se verá,
ya se sabrá
si tengo, al fin,
ó no, razón.
Con tal edad,
quien busca amor,
se expone á dar
un tropezón.

BAM. ¡Mi edad! ¡Mi edad!
¡Qué necedad!
Aunque cumplí
sesenta y dos,
á cifra igual,
prometo yo,
que ha de llegar
mi sucesión.

ESCENA IV

DICHOS, UJIER y en seguida DON GONZALO

Hablado

UJIER — El Príncipe don Gonzalo. (Desde la puerta del foro.)

FIG. — El súbdito más fiel que tiene vuestra majestad.

BAM. — Eso dicen. (Con ironía.)

GON. — Querido tío, acabo de recibir una agradable noticia. (Entrando apresuradamente. Váse al ujier.)

BAM. — ¿Qué es ello?

GON — Que os casáis.

BAM. — ¿Cómo lo han olido, si yo no he dicho todavía?...

FIG. — El olfato de los palaciegos es más fino que el de los perros pachones.

GON. — Dicen que la novia tiene quince abriles. (A Bambolín que está enmedio, teniendo á su derecha á Figarina.)

FIG. — Y que por sus venas corre sangre africana. (Con intención marcada.)

GON. — ¡Y que su dote es soberano!

FIG. — Lo cual no debe echarse en saco roto.

BAM. — ¡Qué he de echar en saco roto! (Creyendo que Figarina alude al dote, cuando en realidad ha aludido á lo que antes ha dicho de la sangre africana.) En una arca con seis llaves. Y si todo fuera cierto, ¿tú no te opondrías á mi unión?

GON. — Al contrario. Yo quiero que no falten sucesores por la línea recta. (Figarina le tira de la casaca.)

BAM. — ¡Qué longanimidad!

FIG. — Vuestra Alteza olvida, que siendo el inmediato heredero, si viene un rorro...

BAM. — Que vendrá.

FIG. — Pues entonces, que Su Alteza renuncie á la esperanza de empuñar el cetro.

GON. — Me tiene sin cuidado. Que lo empuñe otro. (Figarina vuelve á tirarle de la casaca.)

BAM. ¡Qué longanimidad!

FIG. Yo creía...

BAM. No parece sino que estás interesada en que mi boda no se efectúe. Para tí, desde hoy, dejo de ser un tío. (A Gonzalo.)

GON. ¿Qué va á ser entonces vuestra majestad?

BAM. Un padre. Tu adhesión no quedará sin recompensa.

GON. ¿Cuándo os proponéis quitar de enmedio?...

BAM. Depende de una respuesta que hoy debo recibir, y como la impaciencia me carcome... voy yo mismo... No te vayas; porque si me caso, creo que te he de necesitar. (Váse.)

ESCENA V

FIGARINA y GONZALO

GON. ¿Por qué me tirabas de la casaca?

FIG. Porque tenemos que hablar.

GON. Te escucho.

FIG. ¿Con qué idea vuestra alteza alienta á su tío para que se case?

GON. Porque así que él lo haga, no se opondrá á que lo haga yo también.

FIG. ¿En quién se ha fijado el Rey?

GON. No lo sé á punto fijo.

FIG. ¿Y vuestra alteza?

GON. En este retrato. (Sacando un retrto de fotografía.)

FIG. El que le quité á vuestro tío.

GON. ¿Para qué se lo quitaste?

FIG. Para que no se aficionara... Apenas lo vió, porque yo le distraje, y mientras... (Indica que se lo quitó.)

GON. Pedirá otro.

FIG. El asunto es ganar tiempo.

GON. ¿Qué te propones?

FIG. Ganar dinero. Si el Rey toma estado, es muy posible que la señora suprima mi plaza.

GON. Mi tío no puede pasar sin tus manos.

FIG. Y vuestra alteza, ¿qué saca, enamorándose de una pintura?

GON. Estoy resuelto á buscar el original.

FIG. ¡Pues échale un galgo!

GON. ¿No sabes tú que el amor hace prodigios?

FIG. Eso dicen.

GON. Pues qué, ¿tú nunca has amado?

FIG. No, señor.

GON. ¡Figarina!

FIG. Palabra. No me ha faltado quien me haya dicho, «envido,» á chicas y á grandes; á pares y á nones; pero yo nunca he respondido, «quiero,» porque no me gusta que se apunten amarracos á mi costa.

GON. Pues, ¿qué te gusta?

FIG. Que me digan «órdago.»

GON. ¿Para qué?

FIG. Para ganar.

GON. ¿Y si tienes malas cartas?

FIG. Gano.

GON. ¿Cómo?

FIG. En el juego del amor, órdago, dicho por el hombre, equivale á «me quiero casar:» pues si lo pillan, aunque parezca que gana, es él quien tiene que pagar las copas.

GON. (¡Qué punto!... digo, ¡qué punta!)

ESCENA VI

DICHOS y BAMBOLÍN

BAM. ¡Ya está ahí! ¡Ya vino!

FIG. ¿Quién?

BAM. El mensajero de mi felicidad.

FIG. ¿Espero vuestras órdenes?

BAM. Ahora no te necesito; porque tienes buen oido y mala lengua.

FIG. Es la mejor de vuestra corte.

BAM. ¡Cómo serán las otras!

FIG. Dicen que vuestra majestad ha hecho una consulta.

BAM. ¡La he hecho! ¿Y qué?

FIG. A su padrino el sabio Alicornificador.

BAM. Al mismo. ¿Y qué?

FIG. No olvide vuestra majestad, que los sabios son los que menos saben acerca de las mujeres.

GON. No lo desanimes... (A Figarina á media voz.)

FIG. Y, sobre todo, no olvide, que un pretendiente que no es reglamentario, se asemeja...

BAM. ¿A quién?

FIG. A un cantante sin voz, que se acompaña con una guitarra sin cuerdas. Conque, ¡ojo! (Váse sonriendo.)

BAM. A un cantante sin voz... (Reflexionando.) ¡Ya caigo! (De pronto.) ¡Desvergonzada! ¡Rabisalsera! No puedo familiarizarme con nadie. En cuanto doy el pie, me toman el pelo.

ESCENA VII

BAMBOLÍN, UJIER y á su tiempo BENJAMÍN

UJIER Un paje de vuestra majestad solicita audiencia.

BAM. Que pase... Que pase...

BEN. Señor... (Inclinándose repetuosamente. El Ujier permanece cerca de la cortina.)

BAM. ¡Qué gentil y qué gallardo!

BEN. Gracias.

BAM. No te conocía. ¿Cuándo entraste á mi servicio?

BEN. La semana pasada.

BAM. ¿Tú has llevado mi mensaje?

BEN. Y traigo la respuesta.

BAM. ¿Cómo, siendo tan joven, te han confiado misión tan delicada?

BEN. Porque como vuestra majestad tenía mucha prisa, dijeron que era preciso ir y volver en un periquete.

BAM. Cierto.

BEN. Y como el viaje, por ser tantas las quiebras del terreno, no podía hacerse más que á pie...

BAM. Es verdad.

BEN. Se necesitaba una persona que tuviera buenas piernas, y me eligieron á mí.

BAM. La elección fué acertada. ¿Quién es tu padre?

BEN. Hay diferentes opiniones.

UJIER Yo, señor.

BAM. ¿Ese es tu hijo?

UJIER Y de vuestra majestad.

BAM. Gacias. Retírate. (Váse el Ujier.) Puedes hablar, teniendo presente, que á mí me gustan los recados vivitos y sustanciosos.

BEN. Salí de acá; llegué allá; pedí audiencia; me la concedieron; ví al padrino de vuestra majestad; le saludé; él me miró de arriba abajo; yo entregué la carta; la leyó; arqueó las cejas; salió á la cámara inmediata; volvió á los diez minutos; me dió este estuche y este pliego; (El Rey los toma) parte, me dijo; partí; llegué; pedí audiencia; me la concedió vuestra majestad; y en vista de las observaciones que vuestra majestad se dignó hacerme, creo que mi recado no ha podido ser ni más vivito, ni más sustancioso.

BAM. ¿Cuánto tiempo has empleado en este servicio?

BEN. Veinticuatro horas.

BAM. Ni un pájaro va y vuelve más pronto. ¡Vaya unas piernas! Puedes poner en ellas, como en las columnas de Hércules: *non plus ultra.*

BEN. Como mi daga y como mi brazo, están al servicio de vuestra majestad.

BAM. No te echaré en ovido. A descansar. (Benjamín saluda y se retira.)

ESCENA VIII

BAMBOLÍN ve que está solo, y abre el pliego

«Ahijado ilustre: en pocas palabras, te diré, como deseas, mi opinión sobre el matrimonio. Coge el catecismo del Padre Ripalda; busca los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia, y verás que primero está la extremauncíón y luego el matrimonio. Esto, ¿qué quiere decir? Que hay que respetar el orden establecido, y que mientras no le den á uno la extremaunción, no debe casarse. Pero como la carne es flaca, y tú tienes más can-

tidad de carne que de Rey, de aquí la supresión por mi parte de razonamientos encaminados á desvirtuar tus propósitos. Mas no por eso he de abandonarte, que fuera en mí proceder indigno, cuando vas á traspasar tus sienes con la corona de espinas del matrimoonio. ¿Has visto el aparato mecánico que hay en los coches de plaza, para marcar las veces que se mueven? Pues igual resultado te dará la joya que te remito dentro del adjunto estuche. Es un collar con trece perlas. Cada vez que resulte un acto incorrecto, consentido ó no por la mujer que lleve encima la joya, puesta ó sin poner, desaparecerá una perla.» ¡Esto es una maravilla! ¡El primer invento del mundo! Con un collar así, ¿quién no se casa? Que la señora cojea... pues se sabe de qué pie. Si lo niega, hay el consuelo de poderle decir: «Sí, señora, habéis tropezado tantas veces.» No vacilo. Cuando tenga que separarme de mi esposa, le planto el collar como á un perro, y, ¡ay de ella, si al Carpio va! Voy á dar órdenes, para que mientras alborotan las campanas, proclamen á cañonazos mi matrimonio. (Toca un timbre.)

ESCENA IX

DICHO, FIGARINA, DON GONZALO, MOSQUITO, CORO de DAMAS y CABALLEROS y cuatro Heraldos con bocinas.

Música

BAM. Al punto publicad por toda la ciudad,
que, Bambolín, al fin, ha resuelto casarse;
que la novia es guapa; que tiene poca edad;
que es hija del Soldán; que pronto, celebrarse
han de ver nuestra unión: id, pues, id á anunciar,
que por hoy, puede el pueblo reir y alborotar.
(Hace indicación de que los Heraldos se retiren, y éstos obedecen, saludando con exageradas muestras de respeto.)

(A un tiempo)

FIG.
GON.
MOS.
CORO
Por tan dichoso matrimonio
os felicito, gran señor,
y Dios no quiera que el demonio
os llegue á dar la desazón.

BAM. Será feliz mi matrimonio,
y á celebrarlo pronto voy;
mas si interviene algún demonio,
yo tengo aquí mi salvación.

(Mostrando el estuche.)

—

FIG. Vuestro enlace, ¡qué honor!

(Prestando oido á las trompas que suenan á conveniente distancia.)

los sones de las trompas ya proclaman.

BAM. Tú, sobrino, serás nuestro embajador:
vete al punto á Egipto.

GON. Así lo haré, señor.

(Muy contento y haciendo una reverencia.)

BAM. En nuestro nombre á Hinda
tu pedirás,
y con ella al momento
regresarás.

FIG. Si vienen solos, con razón,
pudiera haber murmuracion.

BAM. ¡Chitón!
Tú partirás también, pues, desde luego,
al cuarto de la reina yo te agrego.

FIG. ¿Quién? ¿Yo barbera de la reina?

BAM. Su dama de honor.

MOS. Se me va... (Por Figarina.)
¡Ay, de mí!

(Emocionado cómicamente.)

También quisiera ir. (A Bambolín.)
En la escolta yo acepto cualquier plaza.

BAM. A tí para llevar el quitasol
de mi esposa futura se te embarga.

MOS. Ese encargo... me carga.

FIG. De los rayos del sol

la Reina así se librará. (A Mosquito.)
(Y aun así... tal vez... se quemará.)
(Aparte: con malicia.)

—

A mí se me figura,
que al ver su catadura, (Por Bambolín.)
se vuelve sin tardar
la novia á su lugar.
La cosa es evidente:
el tiempo, que no miente,
muy pronto probará,
si dije ó no verdad.)

GON. (¡Qué dicha! ¡Qué ventura!
Si encuentro á mi futura,
se van á celebrar
dos bodas á la par.
Conviene ser prudente,
y astuto y diligente,
de vuelta del Sudán
realizaré mi plán.)

BAM. (Ya pienso en mi ventura.
Unido á mi futura,
tal vez me entregarán
el cetro del Sudán.
Si fuera así, en mi frente,
atónita la gente,
el símbolo verá
de una corona más.)

MOS. (Contemplando á Figarina.)
(¡Qué espléndida hermosura!
¡Qué garbo! ¡Qué cintura!
Yo voy á pelechar
si no me llega á amar.
Del sol el rayo ardiente
no quemará tu frente (Por Figarina.)
camino del Sudán,
si el quitasol me dán.

CORO A mí se me figura
que al ver su catadura
se vuelve sin tardar
la novia á su lugar, etc.

—

BAM. Dale á mi futura
este gran collar.
(Dando el estuche á don Gonzalo.)
GON. (Abriendo el estuche y viendo el collar.)
¡Soberbio!
FIG. ¡Admirable!
La joya es notable.
BAM. No tiene rival.
(Todos se acercan y contemplan el collar.)
Feliz, seguramente,
á Hinda hacer voy yo.
FIG. (La harás con el presente;
contigo creo que no.)
(Con malicia, aparte.)

—

A mí se me figura, etc.
GON. ¡Qué dicha! ¡Qué ventura, etc.
BAM. Ya pienso en mi ventura, etc.
MOS. ¡Qué espléndida hermosura, etc.
CORO A mí se me figura, etc.

(Figarina y Mosquito se dirigen hacia el foro, donde se detienen hablando; Bambolín abraza á su sobrino, y conmovido, saca un gran pañuelo con el que se limpia las lágrimas; después se incorpora á Figarina y Mosquito, y los tres desaparecen por el foro. Todos saludan con los pañuelos.)

(Telón supletorio. Cambio rapidísimo de decoración, mientras dura la música en la orquesta.)

CUADRO SEGUNDO

Lujosa tienda de viaje enmedio de un bosque.—Vejetación lozana y espesa.—En la tienda dos hamacas, separadas por el espacio que ocupe, entre las dos cabeceras, una mesita, sobre la que hay una botella de cristal en forma de redoma con adornos de flores y tapón dorados: copas con anchos filetes también dorados y un frasquito de regulares dimensiones con un licor verde claro.—Una maleta de viaje cerca de una hamaca.—La luz de la luna alumbra el cuadro durante la primera escena; al comenzar la segunda, obscuridad completa.—Durante todo este cuadro el mayor misterio, incertidumbre y sobresalto á medida que las situaciones lo requieran.—La tienda tiene dos entradas, á derecha é izquierda, una enfrente de otra, cubiertas con ricas telas de raros y caprichosos dibujos y vivos colores.— Sobre la mesita arde una bujía.

ESCENA PRIMERA

HINDA, FIGARINA, y á poco MOSQUITO

HINDA ¿Viene?

FIG. Sí. (En la puerta de la tienda, mirando hacia la parte más espesa del bosque.) ¡Mosquito! (A media voz.)

MOS. Parezco un conejo... (Saltando entre las matas.) ¿A que me rompo la crisma? (También á media voz.)

FIG. ¡Mosquito! (En voz natural)

MOS. ¡Silencio! Creo que nos han olido. (Entra en la tienda.)

FIG. ¿Quién?

MOS. Las fieras. ¿No las oyes rugir?

FIG. No.

MOS. Porque rugen en voz baja. (¡No me llega la camisa al cuerpo!)

HINDA ¿Te asustan las fieras?

MOS. ¿A mí? ¡Quiá! No, señora. Un par de leones me los meriendo yo como si fuera un par de perdices.

HINDA Yo he cazado más de diez.

MOS. Y yo más de veinte.

HINDA Yo he luchado con un oso.
MOS. Y yo con varios.
HINDA ¿Dónde?
MOS. En la corte.
HINDA ¿Hay osos?
MOS. No faltan.
HINDA Me gustan mucho las fieras.
MOS. (Como que tú eres una.)
HINDA ¿Qué haces? (Viendo á Figarina en la puerta de la tienda.)
FIG. Ver si don Gonzalo vuelve.
MOS. Lo he dejado distribuyendo las fuerzas de nuestra escolta, para que no nos den la noche.
HINDA ¿Quién?
MOS. Vuestra alteza le ha dado de cachetes á un oso, y creo que no se asustará...
HINDA ¿De quién?
MOS. ¿Lo digo?
FIG. Dilo.
HINDA Nada me asusta, como no sea un pirata.
MOS. Pues, entonces, no lo digo, porque de eso se trata.
HINDA ¿De un pirata?
MOS. De una partida que nos puede partir. Pero no se inquiete vuestra alteza. Don Gonzalo, Figarina y yo, elegidos por mi Rey para la custodia de vuestra alteza, somos gente de muchos hígados, de pelo en pecho...
FIG. Yo, no, porque también me asustan los piratas. Son antojadizos.
MOS. Nada temas; al primero que te mire, le salto un ojo. (Blandiendo la sombrilla.)
HINDA Con la sombrilla no: puede romperse, y yo la necesito; no quiero ponerme morena.
MOS. (No es fácil.)
FIG. Bueno es estar al tanto de lo que ocurre... ¿Por qué no vas á ver?...
MOS. Mi deseo es complacerte.
FIG. Pues, anda. (Váse Mosquito.)

ESCENA II

HINDA y FIGARINA

FIG. Ya lo ha oído vuestra alteza. Si por estos alrededores merodea gente aficionada á lo ajeno, bien es que, por sí ó por no, vuestra alteza se quite ese collar. Está muy á la vista y vale mucho.

HINDA Como regalo de mi futuro consorte, he creído que el mejor estuche era mi garganta.

FIG. ¿En tanto lo estimáis?

HINDA No es por eso... es decir... la cortesía pide... pero si hay peligro... toma y guárdalo.

FIG. (¡Trece perlas que me vendrían de perla!.) ¿Dónde está la cajita? (Hinda la saca de la maleta y se la da.) Cuando lleguemos á palacio os la devolveré. Mientras, aquí. (Se guarda el estuche.) De un peligro me parece que he librado á vuestra alteza. Hay otro...

HINDA ¿Otro peligro?

FIG. Hasta cierto punto, y según se tomen las cosas... Bien mirado, peligro no es.

HINDA Explícate.

FIG. Don Gonzalo... (Hinda lanza un profundo suspiro.) Cuando digo...

HINDA Dirás lo que quieras; pero él nada me ha dicho.

FIG. El verdadero amor es mudo.

HINDA En mí debe ser sordo.

FIG. ¿Por qué?

HINDA Ya sabes á dónde voy, y para lo que voy.

FIG. Sí... Pero...

HINDA ¡Soy princesa!

FIG. Y mujer, ¿no sois?

HINDA La razón de Estado... las conveniencias políticas...

FIG. Son muy impolíticas cuando contrarían nuestras naturales inclinaciones.

HINDA Verdad... Pero... (Vivamente y de pronto se calla.)

FIG. Comprendo el alcance de ese *pero*. V. A. se propone revelar sus secretos.

HINDA No.

FIG. Pues la sorda aquí y la muda en todas partes, seré yo. Ahora, si V. A. quiere, descansaremos un rato.

HINDA Si nos dejan. (Va á la mesita, echa agua en una copa, y en el agua algunas gotas del contenido del frasquito.)

FIG. Todas las noches practica V. A. la misma operación.

HINDA Desde que nací, ni una he dejado de hacer esto.

FIG. Como no soy curiosa, nunca me he atrevido á preguntaros qué echáis en el agua... ¿Es ginebra?

HINDA No. (Ligera pausa.)

FIG. ¿Aguardiente de Chinchón?

HINDA Tampoco.

FIG. Pues ¿qué contiene ese frasquito?

HINDA Un narcótico que provoca el sueño y lo arraiga, ocasionando un bienestar inefable.

FIG. Y ¿su efecto es seguro?

HINDA Habrás observado, que duermo á pierna suelta.

FIG. ¡Y que dáis unos ronquidos!

HINDA Pues no los oigo.

FIG. Yo sí.

HINDA Corre las cortinas.

Musica

NOCTURNO

(Hinda se recuesta en la hamaca de la derecha. Figarina en la de la izquierda, después de apagar la bujía. Obscuridad completa en la tienda.)

FIG. ¡Soñar!
HINDA ¡Dormir!
FIG. ¡Dormir!
HINDA ¡Soñar!
FIG. }
HINDA } Dormir es un placer.

La vida sueño es,
y el sueño realidad.
Feliz siempre será

quien goce del favor
de un sueño bienhechor.

—

FIG. Dormid sin que os inquiete
funesto porvenir;
amor dicha os promete
que váis á conseguir.

—

FIG.
HINDA } Dormir es un placer, etc. (Se duermen.)

ESCENA III

DICHAS y DON GONZALO que se acerca con precaución á la tienda por la puerta de la izquierda y canta, acompañándose con un pequeño laud

GON. Estrella de mi amor,
¡oh, tú! por quien suspiro,
mitiga mi dolor,
ó de dolor espiro.
Tus favores serán
medicina preciosa;
la receta pasmosa
que calmará mi afán.

(Figarina levanta la cabeza y escucha. Antes de concluir la estrofa, Figarina deja la hamaca y con precaución entreabre las cortinas y observa quién canta.)

FIG. ¡Es don Gonzalo! ¡Válganos Dios!
(A media voz.)
Si se despierta...
(Mirando hacia donde está Hinda.)

HINDA ¡Chito! ¡Silencio!

FIG. Se despertó. (Con malicia.)

(Hinda se baja de la hamaca y escucha. Figarina cerca de la puerta.)

GON. Por tí mi corazón
palpita enamorado;
acrece mi ilusión
y estoy desesperado.
Ven acá, ven acá,

hechicera hermosura,
mi ardiente calentura
tú sola calmarás.

—

FIG. Ya se retira.
HINDA ¿Quiéres callarte?
GON. ¿Qué he escuchado? ¡Es su voz!
De aquí, ¿quién parte?
Estoy temblando,
y es de emoción.
FIG. No se retira.
HINDA Mejor.
FIG. ¿Mejor?
¿A que se queda?
HINDA Calla, moscón.
FIG. ¿A que se enreda?
HINDA Duerme, y chitón.

(A un tiempo)

FIG. (Sabe sentir:
¡qué notas da!
¡Con qué primor
sabe cantar!
Nunca creí
que fuese tal
de ese doncel
la ceguedad.)
HINDA (Nunca sentí
placer igual;
mi corazón
inquieto está.
La mano al Rey,
¿cómo he de dar,
si yo no sé
disimular?)
GON. (Sólo por tí,
con vivo afán,
mi corazón
latiendo está.
¡Oh, qué emoción
tan singular!

Hace tic, tic,
hace tac, tac)

—

FIG. Que se acerca, señora.
HINDA Déjalo y calla.
(Don Gonzalo entra en la tienda y tiende las manos para no tropezar.)
FIG. (¡Me parece que busca
lo que no halla!
(Encuentra la mano de Figarina, y creyendo que es la de Hinda la estrecha amorosamente.)
¡Pues sí lo halló!)
HINDA No te inquietes por nada:
¡duerme, moscón!

—

FIG. Sabe sentir, etc.
HINDA Jamás sentí, etc.
GON. Sólo por tí, etc.
(Al terminar el tercetto, Mosquito entra en la tienda en el momento en que don Gonzalo se arrodilla á los piés de Figarina, y creyendo que es Hinda le besa una mano. Mientras, Hinda enciende la bujía. Media luz en la tienda. Fuera, siempre obscuro)

ESCENA IV

DICHOS y MOSQUITO

Hablado

MOS. ¡Qué veo! Un príncipe, un encargado de negocios... No descuidáis los vuestros.
GON. ¿A qué vienes? (Contrariado.)
MOS. Esta me dijo que fuera á ver...
FIG. Y ¿qué has visto?
MOS. Que el príncipe accionaba. (Hace demostración de abrazar.)
FIG. No iba dirigido á mí.
MOS. Pero lo recibiste. (Este breve diálogo entre Figarina y Mosquito muy rápido.)
FIG. Casualmente.
GON. Siento estorbar vuestro sueño; ¡pero qué le hemos de hacer!

HINDA ¿Ocurre algo? (Inquieta.)

GON. A través de las espesas ramas de los árboles, y lejos, muy lejos, he visto una nube de polvo...

MOS. Ver es.

GON. Por la parte de Levante.

MOS. ¿Quién la levanta?

GON. Muchos piratas montados en yeguas.

MOS. ¿Cómo sabéis que son yeguas?

GON. Porque nuestros caballos relinchan.

MOS. ¡Qué instinto el de los animales! (Hinda lanza profundo suspiro y pasea muy agitada.)

GON. (Este angelito se asusta.) Tranquílizate.

HINDA No, porque son piratas. Mala gente.

GON. Procuraremos salir de este bosque; en campo abierto, no les temo.

MOS. Allí quisiera yo cogerlos; en campo abierto... (Para tener por donde escapar.)

GON. ¿Hiciste lo que te dije?

MOS. Sí.

GON. ¿Has encontrado algún guía?

MOS. Un Imán. (Demostración de sorpresa de Figarins por no saber lo que es.) Un sacerdote de la religión mahometana, que vaga por estas soledades pidiendo limosna.

FIG. ¿Limosna en las soledades?

MOS. Pues la encuentra. Esa gente saca raja en todas partes.

GON. Yo cuento con un Anacoreta, que vive lleno de privaciones.

MOS. ¿Dónde está?

GON Ahí fuera.

MOS. Y el Imán también.

GON. Que entren.

MOS. Pasad, venerables hermanos.

ESCENA V

DICHOS, ALÍ-BUEY y JERÓNIMO

GON. Una ilustre viajera y su escolta, reclaman vuestros servicios y vuestras bendiciones. (Jerónimo bendice á Hinda.)

MOS. A mí también... Y á esta, que creo que las necesita. (Por Figarina.)

FIG. ¿Yo?

MOS. Nunca está demás...

ALÍ (Después de bendecir á Mosquito y á Figarina, presenta la mano y don Gonzalo le da una moneda.) Al contrario, hija, esto siempre es provechoso. (Guardándose la moneda.)

FIG. ¿Cómo os llamáis?

ALÍ Alí-Buey; soy el agostero de la Mezquita de los grandes Imanes. Me sacudo el solomillo con unas disciplinas siete veces al día, y como una vez á la semana.

MOS. ¡Y por toda la semana! Si tenéis más grasa que una ballena.

FIG. ¿Y vos?

JER. Me llamo Jerónimo; soy anacoreta, vivo de las limosnas que el cielo me envía y, como todos mis antepasados, incluso mi padre, he hecho voto de castidad.

FIG. Pues ha sido una castidad milagrosa.

HINDA Queremos salir de este bosque.

ALÍ Es muy peligroso.

MOS. Por eso.

ALÍ Kakikú merodea por estos contornos.

HINDA ¿Kakikú? (Vivamente.)

GON. ¿Lo conoces?

HINDA ¡Es una fiera!

MOS. ¡Caracoles!

HINDA ¡Un caníbal! Su fama ha llegado hasta el Sudán.

MOS. (¡Yo sudo!)

HINDA Se come las entrañas de sus víctimas.

MOS. ¡Ya estoy yo viendo mis riñones salteados!

HINDA Vámonos. (Impaciente.)

GON. Tranquilizaos. Estoy yo aquí.

MOS. Y yo... pero vámonos.

ALÍ Uno de nosotros bastará para guía.

GON. Ya que habéis venido los dos... tomad cien zequíes para cada uno.

JER. ¡Qué caritativo!

ALÍ Permitid que os demos un santo abrazo.

MOS. Venga.

ALÍ Vaya. (Abraza á Figarina.)

FIG. ¿Eh? (Rechazándolo. Se vuelve como para evitar que la abrace otra vez Alí, y entonces la abraza Jerónimo.)

JER. Vaya.

FIG. ¡Arre allá! (Empujándolo.)
¿Son estos los que viven llenos de privaciones?

GON. Se conoce que hoy no es día de ayuno.

MOS. Ni de vigilia.

HINDA ¿Y este equipaje?

MOS. Príncipe... la maleta.

GON. Pesa mucho.

ALÍ Yo la llevaré.

FIG. Vuestra paternidad va á molestarse.

ALÍ Deseo ser útil á mis semejantes.

MOS. ¿Qué camino es el más corto para salir del bosque?

ESCENA VI

DICHOS, KAKIKÚ y dos piratas

KAK. El que yo os indique. (Nadie lo ve aparecer hasta que habla. Movimiento de sorpresa en todos los personajes.) Vais vendidos; esos no son dos padres, sino dos bribones. Iban á conduciros, á vosotras, al mercado de esclavas, y á vosotros, al harém para que sirvieráis de eunucos.

MOS. ¡Es lo único que me faltaba!

GON. Y á mí.

MOS. Este caballero me parece una excelente persona. ¿Quién sois?

KAK. Un viajero extraviado...

MOS. Somos compañeros de infortunio. Venga esa mano. (Estrecha la de Kakikú.) ¿Cómo os llamáis?

KAK. Kakikú.

TODOS ¡Kakikú! (Aterrados.)

KAK. (Mi nombre hace efecto.)

MOS. (Salimos de Herodes...) (Muy apurado.)

KAK. Con vosotros viene una princesa. ¿Cuál es?

GON. Esta. (Vivamente, designando á Figarina.)

FIG. ¿Yo?

GON. (¡Calla! Hay que salvarla. Cuanto tengo será tuyo.)

KAK. ¿Conque esa? Me alegro, porque estoy cansado del pan moreno.

MOS. (¡Y ahora busca el de Viena!)

KAK. Gacela mía... (Abrazándola.)

FIG. ¿Qué haces? (Lo rechaza.)

KAK. A mí me gusta la franqueza.

MOS. No tanta.

KAK. Yo entablo así mis amistades.

GON. Y yo, como vas á ver... (Procura sacar la espada, y no puede.) Mosquito, ayúdame. (Entre los dos no logran que la espada salga.)

KAK. ¿Quiénes sois?

GON. Dos cortesanos. (Con arrogancia.)

KAK. Para esto servís cuando vuestros señores están en peligro. (A su gente.) Desarmadlo. (Lo desarman.)

MOS. ¿Más que lo está?

FIG. ¿Qué haces tú? No decías...

MOS. Yo no creí que era tan negro.

KAK. A esos dos padres falsificados, y á esos viajeros hay que despacharlos.

PIR. ¿Con cuatro tiros?

KAK. No.

MOS. ¡Gracias!

KAK. Echándolos al mar.

MOS. Las retiro.

FIG. Perdónalos; yo te lo ruego.

KAK. Sus vidas tienen un precio.

FIG. ¿Cuál?

KAK. Tu cariño.

GON. Te daré oro.

KAK. ¿Lo llevas encima?

GON. No.

KAK. ¿En tu equipaje?

GON. Sí.

KAK. Pues ya lo tengo.

GON. Lo recuperaré con el auxilio de mi gente.

KAK. La he desarmado, y no vendrá á molestarme. Vamos. (A Figarina.)

FIG. ¿A dónde?

KAK. Quiero presentarte á mis compañeros.

MOS. ¿No es mejor que ellos vengan aquí?

KAK. ¿A qué molestarlos? (Con aspereza.)

MOS. (¡Grosero!) (Mientras atiende Kakikú á lo que dice

Mosquito, Figarina, con presteza, y sin que nadie lo advierta, coge el frasquito del narcótico y se lo guarda, de suerte que el público lo vea.)

FIG. Vamos.

KAK. Así me gusta.

MOS. ¡Figarina!... (Muy contrariado. Figarina le hace una señal de inteligencia.)

KAK. Con vuestras cabezas me respondéis de esos prisioneros. (A los piratas que le acompañan.)

MOS. Yo no te abandono, aunque me hagan gigote. ¿Qué intentas?

FIG. Ya lo sabrás. (Vánse todos, excepto Hinda y don Gonzalo. De vez en cuando se vé pasar á los dos Piratas vigilando la tienda.)

ESCENA VII

HINDA y DON GONZALO

HINDA ¿Qué me dices? (Cruzándose de brazos.)

GON. Que hemos caído en una ratonera. (Idem idem.)

HINDA Y, ¿qué hacemos?

GON. Yo creo... que lo que más conviene en esta situación; lo que verdaderamente hace falta, en esta situación, es.. que se nos ocurra algo para salir de esta situación.

HINDA Yo necesito que me salves.

GON Eso corre de mi cuenta.

HINDA ¿Qué habrá proyectado Kakikú?

GON. Eso corre de la suya.

HINDA Nuestras vidas...

GON. Esas corren de mi cuenta.

HINDA Nuestros equipajes...

GON. Esos corren de la suya.

HINDA ¡Mi honor!...

GON. Ese corre de la mía. Y antes de que el negro te ofenda con sus golosas miradas, lo cojo por el pescuezo y le arranco la nuez.

HINDA No te expongas.

GON. Yo voy á defenderte, porque te adoro.

HINDA ¿Tú? (Llena de júbilo.)

GON. ¡Yo! Cabalito.

HINDA ¿Desde cuándo?

GON. Desde que cayó en mi poder esta fotografía. (Le enseña la tarjeta con el retrato de Hinda.)

HINDA ¡Mi retrato!

GON. El que le remitieron á mi tío. Yo ignoraba de quién era. Puedes calcular á qué extremo no llegaría mi sorpresa, cuando me presenté en el palacio de tu padre, te ví y pedí tu mano.

HINDA Me sorprendió tu palidez.

GON. Como que iba en ayunas, y sin embargo, dije para mi capote: «como pueda esta personita, le sopla la dama á su pariente.» Ya lo sabes; con poco que me ayudes... si es que me miras con buenos ojos, que me parece que sí, porque tus ojos son buenos. (Breve pausa.) ¿Callas?

HINDA ¿No hablo callando? (Con mucha sorpresa.)

GON. Me parece que no.

HINDA ¿Qué deseas?

GON. Que digas si me amas.

HINDA ¡¡Sí!! (Con acento grave y prolongado. Don Gonzalo se desmaya al mismo tiempo que entra en la tienda Figarina, quien al verlo vacilar, lo recibe en sus brazos.)

ESCENA VIII

DICHOS, FIGARINA, y en seguida MOSQUITO

FIG. ¿Qué es esto?

HINDA Lo que pocos comprenden. ¡Amor! (Muy contenta.)

FIG. ¡Vaya unos alientos!

MOS. ¿Dónde se habrá metido? (Por Figarina, entrando en la tienda.)

GON. ¡Gracias! Hinda. (Incorporándose de repente. Coge una mano de Figarina y creyendo que es la de Hinda, se la besa al tiempo de dar las gracias.)

MOS. ¿Otro? (Coincide la entrada de Mosquito, con el beso que don Gonzalo dá á Figarina.)

FIG. Este venía con las señas equivocadas.

MOS. Pero llegó.

GON. ¡Qué bien me encuentro! (A Hinda.)

FIG. Pues á pesar de todo, volviendo á la realidad de la vida, hay que aprovechar los instantes. Ese maldito pirata me llevó á donde están sus compañeros. En viéndome, se alborotó el cotarro. «Será mi esposa,» dijo éste; y aquel, «no, la mía;» y todos, «la mía, la mía.» Yo llevaba un plan, que no pude realizar, porque de las voces pasaron á las amenazas, y de las amenazas á los golpes, habiéndose armado una tintimurra de doscientos mil demonios Esto me permitió escurrir el bulto, y aquí me tenéis á ver si todos hacemos lo mismo, antes de que la paz se restablezca.

MOS. ¡Nos vá á arder el pelo!

FIG. ¿Qué nos conviene?

GON. Volar.

HINDA Hay quien vigila.

GON. Son subalternos y será fácil sobornarlos... Conque nos dejen pasar, les daré cuanto tengo.

MOS. V. A. cree que tiene algo y no tiene nada. ¿No oísteis á Kakikú?

GON. Es verdad. Mis joyas y mi oro están en el equipaje... Si no...

FIG. Podemos salvarnos. (De pronto.)

HINDA ¿Cómo?

FIG. Dándoles el collar.

HINDA ¡Figarina!

FIG. A grandes males... S. M. es razonable, y comprenderá que en caso de fuerza mayor todo es permitido.

HINDA Si no hay otro recurso...

FIG. Yo creo, que en cuanto vean estas perlas. (Abre el estuche.) ¡Eh! ¿Qué es esto? ¡Dios mío! ¡Faltan cinco!

HINDA ¿Cómo ha podido ser?

FIG. Yo no he abandonado el estuche.

HINDA Se te habrán caído en el bolsillo.

FIG. No, señora. (Después de registrarse el bolsillo.)

GON. Hay que dar lo que tenemos.

HINDA Si se conforman.

MOS. ¿Los llamo?

GON. Sí.

MOS. ¡Caballero!... ¡Caballero!... (Entran los dos piratas.)

FIG. (A uno.) Si consientes en servirnos, tu fortuna queda hecha.

MOS. (A otro.) Hay mucho de aquí: (Indicando dinero.) si me sirves, te armas.

FIG. ¿Cuento contigo?

MOS. ¿Harás lo que te diga? (A un mismo tiempo el Pirata que está con Figarina, indica que es mudo, y el que está con Mosquito, que es sordo.) ¡Es sordo!

FIG. ¡Es mudo!

MOS. Si al menos fueran ciegos.

MOS. Hay que levantar el campo, sea como sea.

FIG. Mientras el momento no es oportuno, serenidad; y para demostrarla, aunque la procesión ande por dentro, cantad (Á Hinda.) como varias veces lo habéis hecho durante el viaje.

MOS. Tú, (Á Figarina.) que algo has aprendido, acompáñala. A mal tiempo, buena cara.

Música

FIG. / HINDA
¡Oh, brisa querida!
Al bien que es mi vida,
tú puedes llevar
mi dulce cantar.

—

FIG. / HINDA
Si es su amor constante,
si es mi fiel amante,
díle dónde está
quien le espera ya.

—

FIG. El sol su disco ardiente
oculta en occidente.

HINDA Ya sólo deja ver...

FIG. Un vivo rosicler.

HINDA La luna va á lucir...

FIG. En cielo de zafir.

HINDA Ya el aura, de la flor
esparce el grato olor.

FIG. La tierra, el cielo, el mar...
convida todo á amar.
HINDA ¡Misterio encantador!
FIG. ¡La noche es el amor!

—

¡Oh, brisa querida! etc.

ESCENA IX

DICHOS y KAKIKÚ

KAK. ¿Coplitas tenemos?
MOS. Por pasar el rato. La noche es deliciosa...
KAK. ¡Bien supiste aprovecharte de la confusión para tomar vuelo! (Á Figarina.)
FIG. Como allí no se repartían dulces.
KAK. Puñalada limpia.
MOS. (¡Qué barbaro!)
KAK. De tres he despachado á cinco de mis compañeros.
MOS. ¡Pues es una friolera!
KAK. En vista de que, si permaneces entre nosotros, voy á tener que concluir con toda mi gente, he reflexionado...
HINDA ¿Qué? (Entreviendo una esperanza.)
KAK. Que la mujer más hermosa del mundo no vale lo que un buen rescate. ¿Te ofendes?
HINDA No; acaba.
KAK. Si el rey Bambolín quiere á su prometida... como lo pague bien...
GON. Cuenta con la mitad de su tesoro.
KAK. Me gustaría más entero. ¡Bah, no soy avaro! Con cienmil zequíes de oro...
GON. Cuenta con ellos.
HINDA ¡Ah! (Exclamación de júbilo.)
KAK. ¿Dónde los recibiré?
GON. En la corte de mi señor; á donde vas á conducirnos.
KAK. Hasta el sitio que yo designe, cerca de la frontera de sus Estados. Y toma y daca...
GON. No hay inconveniente.
KAK. Trato hecho. Voy á dar órdenes para la marcha. (Se dispone á salir.)

MOS. ¡Ole con ole! Eres libre, barbera del Rey y Reina de las barberas.

KAK. ¿Eh? (Deteniéndose.)

MOS. (¡La eché á perder!)

GON. ¡Cuando sepa este rasgo mío tu padre el Soldán de Egipto!

KAK. ¡El Soldán! (Estupefacto.)

MOS. (Este la enmendó.)

KAK. Según eso, ¿habéis querido burlaros de Kakikú, dándole gato por liebre; es decir, barbera por princesa?

FIG. Yo no soy gato.

KAK. ¡Y qué princesa! La hija del poderoso Soldán que ha puesto á precio mi cabeza. No importa. Voy á demostrar que soy más generoso que él.

GON. ¿Devolviéndole á su hija?

KAK. Casándome con ella.

GON. (¡Y pensar que he sido yo quien lo ha echado á perder! ¡Si parece mentira!)

KAK. ¡Yerno de un monarca de alto vuelo! Esto me conviene, porque me libro de la horca y porque trataré al Soldán como á suegro. Vamos á partir: sólo que en vez de marchar hacia adelante, volveremos grupa; y aquí paz y después... *¡gloria!*

FIG. (Después de haber hecho signos de inteligencia á Hinda, á don Gonzalo y á Mosquito.) Si hemos de llegar vivos á donde nos lleves, antes, que nos sirvan, cuando menos, un par de botellas.

MOS. Para cada uno.

KAK. Beberemos en amor y compañía. (Váse.)

HINDA ¿Qué has pensado? (Figarina enseña el frasco del narcótico.) ¡Es verdad! (Dándose con la mano un golpe en la frente.)

GON. ¿Qué es eso?

HINDA Un narcótico. Usalo con prudencia, porque mal administrado es peligroso.

MOS. Hay que dejarse de escrúpulos de monjas. Carga la mano, que si revientan poco se pierde.

KAK. Provisiones. (Dos piratas colocan una caja en medio del escenario.)

GON. ¡Las nuestras!

KAK. Vino. (Otros dos piratas colocan un barrilito en un lado de la escena.)

GON. ¡El nuestro!

KAK. Sírvenos y en seguida... (Haciendo demostración de marchar.)

MOS. Yo te ayudaré. (Echa el vino en los cubiletes y se los da á Figarina, quien después de verter en cada uno varias gotas del narcótico, los distribuye entre los piratas.)

Música

GON. Retroceder nos desagrada;
mas si á tí la queja te enfada, (Á Kakikú.)
sabremos callar y marchar.
Bebed, pues sin beber, ¿quién podrá caminar?
(A los Piratas.)
A tí también el ejemplo he de dar.
(Á Kakikú.)

—

CORO (Acentuando las palabras vigorosamente y acompañándolas con enérgicos ademanes, pues el propósito de todos y de cada uno de los Piratas debe ser infundir terror. Cuadro animadísimo, sin limitarse á dar notas, formando «el eterno» semicírculo con los personajes principales en el centro.)

Siempre, señor,
el buen licor
nos da la vida.
Brindo por tí,
y á más por esa hurí
que nos convida.

—

¡Brame el aquilón;
ruja el mar bravío!
Nunca agitación
siente el pecho mío.

—

Con temeridad
el amor burlo yo,
sin dar jamás
el corazón.

Sólo así
vivir quiero yo:
sin fe,
sin ley,
sin Rey
ni Dios,
y sin que me arredre el temor.

—

(Beben, y llenan de nuevo los cubiletes Figarina y Mosquito. Esta segunda vez disminuye gradualmente el sonido de la voz, por el efecto que causa el narcótico; pero no los gestos y ademanes adecuados á la situación, para que el cuadro sea siempre reflejo de la verdad. El director de escena debe poner particular empeño en que cada corista resulte parte principal.)

Yo sé retar,
vencer, luchar,
herir, robar sin miedo.
Yo sé burlar,
coger, matar,
morir con gran denuedo.

—

Es un gran placer,
el que sin trabajo
se puede tener,
robando á destajo.
Por eso el ladrón
que es sagaz, al robar
halla ocasión
de prosperar.
Sólo así
vivir quiero yo,
sin fe,
sin ley,
sin Rey
ni Dios,
y sin que me arredre el temor.

(Unos antes, otros después, y por último, todos, caen bajo la influencia del narcótico. Durante la «cadencia sota», las siguientes palabras:)

Hablando

Mos. Ahí queda eso.

HINDA ¿A dónde vamos?

Mos. A darnos con los talones más abajo de las espaldas; y si sobrevienen nuevos peligros, diremos como los españoles: «No importa, y ¡adelante!» (Don Gonzalo coge de la mano á Hinda, Mosquito á Figarina, y salen de la tienda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Habitación en una hostería.—Puertas laterales.—En el foro, balcón, cuyas vidrieras están abiertas, dejando ver la campiña.—Mesas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

CORO DE PAJES, entre ellos JACINTO y BENJAMÍN. Éste entra por la puerta de la derecha un momento antes de empezar á cantar.

Cuadro animado

Música

A cantar,
á bailar,
á reir,
á gozar,
y después
á dormir,
porque bien
nos sabrá.

—

Seguir á las doncellas,
si son castas y bellas,
y obtener un trofeo,
tal es nuestro recreo.

—

A comer,
á beber
y á brindar
con *champagne*,
y después
á dormir,
y después
á roncar.

—

JAC. Por más que toco y toco, nadie viene.
(Cuando lo marca la música, toca el timbre que está sobre la mesa.)

BEN. Todo es inútil,
nadie vendrá.
Borracho al hostelero
logré dejar;
y su esposa hace un rato
que sola está.

TODOS ¡Muy bien!

BEN. De vosotros ir puede ya el que quiera,
á desplegar del amor la bandera.
Mucho afecto fingido y mucho afán. .
Debe ser el que menos un don Juan.

TODOS ¡Verdad!

BEN. Suene el toque de rebato,
y á la brecha el batállón,
que es un necio y un novato
el que pierde la ocasión.

—

A cantar,
á bailar, etc.

ESCENA II

BENJAMÍN y JACINTO

Hablado

BEN. ¿No te vas con ellos?

JAC. Hago contigo mejores migas. (Se sienta, revelando estar disgustado.)

BEN. ¿Qué tienes hoy, que tan alicaido te encuentras?

JAC. Que siento no estar esta noche en palacio.

BEN. ¿Trapicheos?

JAC. Un arreglito.

BEN. ¿Estás enamorado?

JAC. ¡De la niña más poética y espiritual del mundo!

BEN. ¿Quién es?

JAC. La callista de su majestad.

BEN. Yo pico más alto.

JAC. ¿Quién es la tuya?

BEN. La barbera.

JAC. ¿Figarina?

BEN. ¿La conoces?

JAC. No.

BEN. Ni yo.

JAC. ¿Y estás enamorado?

BEN. Por lo que de ella dicen. Es una moza de prima tonsura: anquiredonda, de talle gallardísimo, rubia como las arenas del mar... Con sólo figurármela, mi imaginación chispea y se alborotan mis pasiones.

ESCENA III

DICHOS, FIGARINA, vestida de paje, MOSQUITO y un MOZO de la hostería

MOS. ¿Es este el comedor?

MOZO Aquel. (Señalando la puerta de la izquierda.)

MOS. Buenos días. (A los pajes.)

BEN. Bien venido.

FIG. (¡Cuánto paje!)

JAC. (Ese no es de los nuestros.) (A Jacinto, por Figarina.)

BEN. (¡Qué bien construído y qué gallardo!)

MOS. ¿Le han dado buena habitación á la señora que venía con nosotros?

MOZO La mejor de la hostería.

MOS. Prepáranos un almuerzo pitagórico, porque venimos con los estómagos cesantes y las tripas en pena.

MOZO Será difícil. Esos señores lo han acaparado todo.

JAC. No es ese un inconveniente: yo iré á decir al hostelero que achique nuestras raciones...

MOS. Eso no hay que encargárselo.

JAC. Para que nadie ayune. (Concluyendo la frase.)

FIG. Gracias.

BEN. Súbeme una botella de jerez. (Al Mozo.)

MOS. ¿Quiéres algo?

FIG. No. (Vanse Jacinto y el Mozo.)

ESCENA IV

FIGARINA, MOSQUITO y BENJAMÍN; éste se va al balcón, y en él permanece contemplando el paisaje, durante el siguiente diálogo

FIG. Mentira me parece que estemos en la frontera de nuestro país. (Sentándose.) ¿Don Gonzalo habrá llegado á la corte?

MOS. Sí.

FIG. ¿Qué ventaja nos lleva?

MOS. Una jornada. A estas horas está en camino el cortejo que nos ha de acompañar hasta palacio.

FIG. ¡Qué viaje el nuestro! Tempestades... así... (Juntando las yemas de los dedos de la mano derecha.) Sustos... así... (Juntando las de las dos manos.)

MOS. Choques... así... (Palma con palma.) Caídas... de todas maneras. A quien no olvidaré nunca, es á Kakikú. ¡Maldito negro! Me dió un susto de los de consecuencias.

FIG. ¿Reventaría?

MOS. No. (Vivamente.)

FIG. ¿Qué sabes tú?

MOS. Porque no es una persona decente. Los bribones no revientan nunca; tienen siete vidas como los gatos. Las desordenadas inclinaciones de aquel tuno me advirtieron que tu guardapiés no guardaba nada, y de aquí mi súplica para que vistieras ese traje, que es una especie de plancha de seguros contra incendios masculinos.

FIG. Me encuentro con él desembarazada.

Mos. Justamente lo que yo quería, para llegar más pronto. Y gracias á que lo llevamos de muestra, con el fin de que nuestro soberano vea cómo son los que usan los pajes de su suegro.

Mozo El vino. (Colocando una botella y vasos sobre la mesa.)

Mos. ¿Y el almuerzo?

Mozo Dice mi amo que baje vueseñoría, para que elija lo que más le agrade.

Mos. Con mil amores. No olvides tu papel de hombre maduro. (A Figarina. Vanse Mosquito y el Mozo.)

ESCENA V

FIGARINA y BENJAMÍN

Ben. ¿Queréis una copa? (Breve pausa, mientras llena la copa.)

Fig. Gracias.

Ben. Es muy bueno. (Después de haber bebido.)

Fig. Entonces, venga. (Se sientan el uno enfrente del otro. Benjamín llena una copa, se la da á Figarina y ésta bebe.)

Ben. ¿Ha sido larga la jornada?

Fig. Bastante.

Ben. ¿Fumáis? (Ofreciéndole un pitillo.)

Fig. Si es flojo, no me gusta.

Ben. Es fuerte.

Fig. Gracias. (Tomándolo. Breve pausa.)

Ben. ¿Se va á la corte?

Fig. Sí.

Ben. ¿A las fiestas?

Fig. A pretender. Deseo formar parte del benemérito grupo de los pajes del Rey.

Ben. ¿Os protege alguna dama?

Fig. No.

Ben. Entonces, será difícil; porque su majestad nos ha disuelto.

Fig. ¿Con qué motivo?

Ben. No se sabe. Se sospecha que el acuerdo responde á un cálculo económico. Dicen, que

trata de regularizar las entradas y las salidas; si su bolsillo anda escaso... no están demás las precauciones, ahora que va á hacer algunos desembolsos extraordinarios... como se casa...

FIG. Sobre este punto, ¿cuál es vuestro parecer?

BEN. Que de todas las humanas tonterías, la más inhumana es casarse. Si el Rey se llega á aconsejar con Figarina...

FIG. ¿La barbera? (Benjamín hace un signo afirmativo.) ¿Qué sucede entonces?

BEN. Que desconcierta la boda con solo decir: «Señor, que otro talle.»

FIG. ¿Creéis que su consejo hubiera sido bastante?

BEN. ¡Pues no! Si lo tiene hipnotizado.

FIG. ¿De veras?

BEN. Como que es una mujer de un golpe.

FIG. (A que me ruborizo.)

BEN. Su hermosura es más celebrada que la salida del sol, y si á esto se agrega un talento que sorprende, y una labia que cautiva, me parece que con una moza de tal calibre, bien pueden comer los cinco sentidos, porque hay recreo para todos.

FIG. ¿Dónde habéis contemplado tan peregrina hermosura?

BEN. En ninguna parte.

FIG. ¿No conocéis á la barbera?

BEN. Entré en palacio poco antes de que se partiese con la comitiva que fué á buscar á la regia consorte, y nunca la he visto.

FIG. Y ¿os entusiasmáis por lo que dicen?

BEN. Sí.

FIG. Es muy extraño.

BEN. Más os parecerá, cuando os diga...

FIG. ¿Qué?

BEN. No me atrevo. ¿Os váis á reir?

FIG. ¿Qué sé yo?

BEN. Me sentaría mal.

FIG. No suelo burlarme de nadie. Aquí donde me véis, yo no soy un paje como los demás; yo no tengo, y lo siento, esa malicia cortesana que tanto os asusta.

BEN. Siendo así... estoy muerto por Figarina.

FIG. ¿Muerto, y habláis?

BEN. Dejáos de chanzas.

FIG. Sóis un niño.

BEN. Soy un hombre. (Ofendido.)

FIG. ¿A que en viéndola, cambiáis de opinión?

BEN. ¡Nunca! ¿Por qué?

FIG. Porque á vos os han presentado el as de la medalla y á mí el envés. Porque os han dicho que es bonita...

BEN. Y lo es. (Dando un golpe sobre la mesa.)

FIG. Corriente; si porque lo sea yo no me he de incomodar; pero no os han dicho, como á mí, que es ambiciosa...

BEN. Eso depende de la atmósfera en que respira. En palacio, ¿quién no tiene ambición?

FIG. Que es charlatana.

BEN. Cualidad indispensable en su oficio de barbera.

FIG. Que es frívola.

BEN. Es mujer...

FIG. Y casquivana.

BEN. Me parece que ya van siendo muchas las cosas que habéis oído y de que os hacéis eco. (Poniéndose de pie.)

FIG. Pues no he terminado.

BEN. Ni terminaréis.

FIG. ¿Quién lo impedirá?

BEN. Yo.

FIG. ¡Cuando digo que sóis un niño!

BEN. Soy un hombre, y lo demostraré si es necesario.

FIG. ¡Hola, hola! ¡Guapetón y pendenciero!

BEN. Las dos cosas. Y tened la lengua, porque si no, saldréis por allí. (Señalando el balcón.)

FIG. ¿De verdad?

BEN. No; de cabeza.

FIG. Falta verlo. (Levantándose.)

BEN. La duda me ofende. En guardia. (Saca la espada y cae en guardia.)

FIG. (Con esto no contaba yo.)

BEN. ¡En guardia!

FIG. Voy. (¡Caso raro! Batirme con quien me elogia. Yo que no sé manejar más que la navaja.) (Mientras saca con torpeza la espada.)

BEN. No huyáis el bulto.
FIG. En seguida me estoy quieta.

ESCENA VI

DICHOS y MOSQUITO

MOS. ¿Qué hacéis? (Escandalizado.) ¡Detenéos!
BEN. ¿Venís en su ayuda? (Dirigiéndose á Mosquito ¡En guardia!
MOS. ¿Eh? Poco á poco, amiguito. Es una mujer. (A media voz, acercándose á Benjamín.)
BEN. ¿De verdad?
MOS. Que no se entere...
BEN. ¿No lo sabe?
MOS. Que no se entere de que yo lo he dicho. (Esto con la mayor rapidez entre Mosquito y Benjamín.)
BEN. (¿Cómo no me habrá dado en la nariz?) Creo que tenéis razón. (A Figarina.) Soy un niño; me alboroto...
FIG. Con mucha facilidad.
BEN. Pero, con la misma que se me sube la sangre á la cabeza, se me baja á los talones.
MOS. Más vale así.
BEN. Yo no quiero que me den satisfacciones vanidosas. Cuando mi adversario lo merece, porque en él concurren circunstancias especiales, me apresuro á darle la mano. (La presenta y Figarina se la estrecha.) Y si le parece poco, los brazos.
MOS. No, la mano es bastante.
BEN. Creerá que le guardo rencor...
MOS. ¡Qué ha de creer! Ni por pienso... (¿No sabéis que es mujer?)
BEN. Si eso no me importa, en prueba de ello... (De pronto va á dar un abrazo á Figarina, ésta lo evita, y en la mano conque lo hace, Benjamín estampa un beso.) Ya somos amigos.
MOS. (¡Otro! ¡Qué fatalidad! ¡Ni aún con pantalones!)

ESCENA VII

DICHOS, JACINTO, PAJES, y á su tiempo el MOZO de la hostería. —Jacinto y sus compañeros aparecen en el momento en que Benjamín abraza á Figarina

Música

JAC. (¡Le dá un abrazo!
¿Por qué será?)
¡Muy bien! Me alegro,
de que ensanches la esfera
de tu amistad.

BEN. Es una dama. (Bajo á Jacinto.)

JAC. Es una dama.
(Bajo á sus compañeros.)

TODOS ¡Es una dama!
¿Si permitís? (Rodean á Figarina.)

FIG. / MOS. } No, no.

TODOS Sí, sí.

(Mosquito quiere separar á los pajes, y es él quien resulta separado, aprovechando la ocasión Jacinto y otros tres pajes, para dar cada uno ligero abrazo á Figarina, oponiéndose ésta á las demasías de los jóvenes. Clara y distintamente debe resultar que Figarina, aunque molestándole, recibe cuatro abrazos.)

MOS. Ahora cuatro y tal vez alguno omito.
(Enfurecido.)
La cuenta ya no llevo: ¿para qué?

FIG. Tu consejo escuché,
y aunque así me vestí, besan, Mosquito.

MOZO (En la puerta de la izquierda.)
Señores... Si gustáis...

CORO ¡Grato mensaje!
Mis queridos amigos, á comer.
(Rodean otra vez á Figarina, ofreciéndoles todos el brazo. Figarina y Mosquito logran acercarse á la puerta de la derecha, desde donde dicen:)

FIG. / MOS. { Nosotros proseguimos el viaje.
Gracias mil, gracias mil, y hasta más ver.
(Vánse por la derecha.)

—

CORO — Á comer,
á beber, etc.

(Desaparecen desordenadamente, por la izquierda.— Telón supletorio.)

CUADRO SEGUNDO

Salón del trono en el palacio de Bambolín.

ESCENA PRIMERA

BAMBOLÍN, vistiendo corona y manto, de pie, sobre las gradas del trono, y CORO de DAMAS y CABALLEROS de la corte

BAM. — Gracias, leales vasallos; estad seguros de que os pago en la misma moneda; mi agradecimiento es tan sincero como vuestra alegría. A astutos, nadie os sacará ventajas; pero á falsos, tampoco.

CAB. — Gracias, señor: aún hacemos poco, para lo que vuestra majestad se merece.

BAM. — ¿Qué damas son las que tendrán la honra de estar al servicio de mi augusta prometida?

DAMA — Yo, señor.

OTRA — Y yo.

BAM. — Dos pasos al frente. (Las dos damas ejecutan el mandato del Rey.)

BAM. — Entre las joyas conque adornaréis la garganta de la princesa, quiero que en primer término figure el collar de perlas que yo la he regalado.

LAS DOS — Se lo haremos presente.

BAM. — (Así á primera vista hago el balance.) Despejad. (Vanse los Cortesanos.) Que pase su alteza mi egregio sobrino. (Al Ujier.)

ESCENA II

BAMBOLÍN y DON GONZALO

GON. Señor... (Desde la puerta.)

BAM. (Se quita el manto y lo deja en el sillón.) El Rey desaparece: para tí no queda más que el amigo; el pariente ligado por los vínculos de la consanguinidad. Acércate... Así... Los brazos... Siéntate y habla. (El Rey coge una banqueta, y con dificultad la coloca enmedio de la escena, y aunque es para una sola persona, los dos se sientan.)

GON. ¿De qué?

BAM. Nuestra primera entrevista fué oficial, y ya sabes que en estos casos no se hace más que el paso, para salir del paso. Ahora, el embajador y el Rey no son más que dos simples mortales. Cuéntame todo lo que te ha ocurrido.

GON. Primero, traspasé la frontera.

BAM. ¿De parte á parte?

GON. Sí.

BAM. Traspasar es.

GON. Luego llegamos al palacio del rey del Sudán.

BAM. ¿Cómo es?

GON. ¿El palacio?

BAM. El Rey.

GON. Un indio más grande que las estátuas que vuestra majestad vió en la plaza de Oriente cuando estuvo en Madrid.

BAM. Sigue.

GON. Luego llegamos al salón del trono, y ví á la princesa Hinda.

BAM. ¿A la princesa? (Al accionar entusiasmado, se ca e. Don Gonzalo también se cae, pero rápidamente se levanta y ayuda á levantarse al Rey, quien sigue preguntando: ¿A la Princesa?)

GON. Sí, señor. Y en nombre de vuestra majestad, le pedí la mano.

BAM. ¿La mano?

GON. Sí, señor.

BAM. ¿Y qué más?

GON. Saqué el estuche, y en vuestro augusto nombre le ofrecí el collar.

BAM. ¿Le gustó?

GON. ¡Mucho!

BAM. ¿Y lo aceptó?

GON. ¡Ya lo creo!

BAM. ¡Cuánta bondad! Sigue.

GON. Al regresar, un enjambre de piratas quiso estorbarnos el paso.

BAM. ¿Llamáste á la Guardia civil?

GON. No, señor.

BAM. ¿Por qué?

GON. Porque allí no la hay.

BAM. ¿Qué hiciste?

GON. Empuñar mi acero.

BAM. Eso es lo digno. Supongo, que no quedaría un pirata en pie.

GON. Todos quedaron tendidos.

BAM. ¡Qué maravilloso viaje! Sólo vencen tan árduos peligros príncipes como tú. Bien supe lo que me hacía confiriéndote el cargo de embajador. Hoy firmaré un Real decreto concediéndote la gran cruz de los Sinapismos...

GON. Señor...

BAM. Además, te hago grande...

GON. Lo soy.

BAM. Es verdad. Caballero cubierto.

GON. También.

BAM. Pues te haré otra cosa... Ya se me ocurrirá...

GON. Sólo deseo una gracia.

BAM. Concedida.

GON. Que vuestra majestad me permita alejarme de la corte.

BAM. Abandonarme, tú, ahora que me voy á casar. ¡Imposible!...

UJIER Señor...

BAM. ¡No he llamado! ¿Quién entra?

FIG. Yo...

BAM. ¡Figarina! (Váse el Ujier.)

ESCENA III

DICHOS y FIGARINA

BAM. ¿Cuándo has venido?
FIG. Hace un rato.
BAM. ¿Y la princesa?
FIG. También.
BAM. ¿Dónde está?
FIG. En su tocador.
BAM. ¡Qué júbilo tan soberano experimento! Con el servicio que acabas de prestar, siendo fidelísima acompañante de quien en breve será mi consorte, olvido tus defectos y perdono tus faltas.
FIG. No tengo ninguna.
BAM. Querido sobrino, prepárate á recibir á la princesa. A tí te corresponde presentármela.
GON. (Yo he ido por ella; yo la he traído; yo debo presentarla; yo soy quien debo hacerlo todo.) (Con disgusto.)
UJIER Señor...
BAM. ¡Otra te pego! ¡Estos alzapuertas son insoportables! ¿Qué ocurre?
UJIER La princesa Hinda se acerca.
BAM. Anda y cumple con tu deber. (A don Gonzalo.)
GON. Obedezco. (Váse.)
BAM. (¡Cuál me palpita!) (Llevándose las manos al corazón.) Parece que aquí redoblan como sobre el parche de un tambor.
FIG. (Veremos en qué paran estas misas.)

ESCENA IV

DICHOS, HINDA, en traje de corte de su país, DAMAS y CABALLEROS

UJIER S. A. la princesa Hinda.
BAM. (Llegó el momento.)
GON. La princesa Hinda. (Balbuciente.)
BAM. (Mejor que el retrato. ¡Qué hermosa!)

GON. Vuestro augusto esposo. (Idem.)

HINDA (¡Qué feo!)

BAM. (¡Qué buen efecto la he causado!) Perdona, encantadora Hinda, si no he salido á recibirte. Graves negocios... He tenido que lavarme y perfumarme. En días de boda, ¿quién no se perfuma? ¿Qué tal el viaje?

HINDA ¡Bien!

BAM. (¡Qué dulzura la de su voz!) Te permito besar mis reales manos. (Hinda le besa una mano.)

HINDA (Parecen dos felpudos.)

BAM. (¡Qué labios tan suaves!) Ahora yo las tuyas.

HINDA ¿También?

BAM. Es de ritual. (Le coge las manos.) (¡Magníficas! ¡Parecen dos libras de chocolate! (Se las besa.) Hecha la presentación, vengo en decretar, que á las tres en punto nos echen las bendiciones. Veo que tú tampoco has olvidado la solemnidad del día; veo que luces espléndido traje; veo que ostentas riquísimas joyas; pero no veo el collar que te remití por conducto de mi embajador.

FIG. (¡Ya pareció aquello!)

HINDA ¿El collar?

FIG. Señor, las esmeraldas, los rubíes y los piropos, no casan bien con las perlas.

BAM. Pensaste, por ventura, que mi presente no era digno...

HINDA Al contrario, señor; como aquellas perlas no hay otras.

BAM. Puedes asegurarlo.

HINDA Aquí están. (Saca el estuche.) Aunque con disgusto, debo advertirte, que he visto...

BAM. Acaba.

HINDA Que al ir á ponérmelo faltaban perlas; puedo asegurarte que yo no sé cómo ha sido esto.

BAM. (Yo sí.) (Muy inquieto.)

HINDA El príncipe y Figarina, te dirán, como yo, que el caso no tiene explicación razonable.

BAM. (Para mí, sí.) (Como antes.) Dame. (Cogiendo el estuche.) Salid todos, todos. (Las Damas y los Caballeros saludan y se retiran. Abre el estuche y estupefacto lo contempla.) ¡Qué veo! ¡Faltan diez! ¡Diez, nada menos!

FIG. No es posible; cinco nada más. (Vivamente.)

BAM. Sólo quedan tres; mira. (Dejando el estuche en manos de Figarina.)

GON. Querido tío, unas cuantas perlas más ó menos, poco importan.

BAM. ¡Un demonio! Se conoce que como tú no has de pagar el gasto, lo mismo te da por lo que va que por lo que viene.

HINDA Se reemplazarán con otras.

BAM. Cuando esas perlas se pierden, no hay reemplazo posible.

UJIER Señor, el Consejo de Ministros viene á felicitar á V. M.

BAM. ¡A felicitarme! (¡Ira de Dios! ¡Qué oportunos son los Consejeros!) Está bien. (Al Ujier; éste se retira.) (No dirá nadie, yo lo prometo, que esta cándida paloma y el bárbaro de su padre se han mofado impunemente de mí.) Acompaña á la princesa á sus habitaciones.

GON. ¿V. M. quiere?...

BAM. No admito réplicas.

GON. Sea.

BAM. Después hablaremos de vuestro sistema de vigilancia. (Acercándose á don Gonzalo, y á media voz, en tono de reconvención.)

GON. ¿Me dirigís un cargo? ¿A qué se debe vuestra repentina cólera?

BAM. Haz lo que te he dicho.

GON. Averigua la causa de su mal humor. (A Figarina, rápidamente.)

FIG. Si puedo.

GON. Cuando V. A. guste.

HINDA (Este vale más.) (Vanse.)

ESCENA V

FIGARINA y BAMBOLÍN

FIG. ¿Señor, qué habéis hecho?

BAM. Pregunta qué ha hecho Hinda. Cada perla de las que en el collar falta, no es una falta, es un delito.

FIG. Ella ignora...

BAM. Eso dice; pero mis creederas no son tan mentecatas. Integro debió presentarme el collar: no fué así, y por eso la indignación está envenenando mi sangre.

UJIER Señor, el Consejo viene á felicitar á V. M. (Bambolín lo mira, y después sigue prestando atención á Figarina.)

FIG. ¿Por qué le dáis tanta importancia?

BAM. ¡Cuando yo se la doy!... (Con ira.)

FIG. Mi propósito es que V. M. se calme.

BAM. Sé que á pesar de tus genialidades eres adicta á mi persona.

FIG. Como nadie.

BAM. Como nadie sé también, que si tú de mi palacio sales, sale contigo la virtud de mi palacio.

FIG. ¡Al fin me hacéis justicia!

BAM. En este sentido todos te la hacen, y yo el primero. Voy á darte un mal rato... no importa... tal vez te ruborices... me tiene sin cuidado, si justifico el por qué de mi enojo. Toma.

FIG. ¿Qué es esto?

BAM. Una carta.

FIG. ¿De quién?

BAM. De mi padrino, el sabio Alicornificador.

FIG. ¿Cuándo la recibistéis?

BAM. Cuando el collar.

FIG. ¿Fué regalo suyo?...

BAM. Sí. Tú sola, fíjate bien, tú sola debes enterarte de lo que ahí dice. Cuando te enteres, ajusta la cuenta, y verás como son diez banderillas de fuego las que me han plantado; así estoy yo que me arde el pelo.

UJIER Señor, el Consejo viene...

BAM. (Volviéndose repentinamente y cogiéndo por el cuello de la casaca al Ujier.) Cuando una mosca te importuna, ¿qué haces tú?

UJIER Nada, señor, la dejo. (Aterrado.)

BAM. No recibo felicitaciones por mi matrimonio. (Apartando al Ujier ó levantándolo en peso y soltándolo.)

FIG. (¿Eh?) (Vivamente, y dejando entrever su alegría al oir la resolución del Rey.)

FAM. Ya he discurrido lo que más me conviene.
BIG. ¿Qué es? (Confidencialmente.)
BAM. Más tarde lo sabrás.

ESCENA VI

FIGARINA

(Durante el retornelo del siguiente aire, recorre con la vista el contenido de la carta; de pronto hace una exclamación de sorpresa.) ¡Eh! ¡Qué he leído!... «Es un collar con trece perlas. Cada vez que resulte un acto incorrecto, consentido ó no, por la mujer que lleve encima la joya, puesta ó sin poner, desaparecerá una perla...» ¡Ah! ya comprendo; como que durante el viaje yo he sido quien le ha llevado... Maldito sea el sabio Alicornificador y toda su parentela.

Música

¡No! Lo veo y dudo aún, que falten al collar
las perlas que creí perdidas por azar.
Son diez. ¡Qué dolor!
¡Diez perlas! Muchas son.
Mas... inocente fuí:
me salva la intención.
(Llevando la cuenta por los dedos.)
A ver si doy con la cuenta total:
uno del embajador, uno más del Imán,
de Kakikú, y el otro... la suma así obtendré;
cuatro son ya, si no me equivoqué.

—

Es el amor un mal muy grave,
produce daños sin cesar;
la que por sí velar no sabe,
tranquila nunca puede estar.
Mi cautela inútil fué;
si de ciertos actos,
que yo nunca autoricé,
el collar ¡ay de mí! daba fe.

—

¿Cuatro no más? No tal, que sigue la adición.
El del embajador... con este cinco son.
Del pajecillo el sexto. ¡Horror! Ya salen seis.
Cuatro de sopetón, y seis... resultan diez.

¡Cuán peligroso es un viaje
para una cándida mujer!
Es la inocencia mal bagaje,
y cosa fácil de perder.
Diez abrazos recibí
sin permiso previo;
mas, las perlas que perdí,
no podré rescatar ¡ay de mí!

Hablado

Pues como el príncipe espere á saber por mí el secreto del talismán, ya tiene para rato. De seguro todo lo echa á perder antes que consentir dudas sobre la severidad de la princesa, y esto no me conviene. Quedan tres perlas, no desaparecerán, porque estoy advertida, y en caso de apuro, suelto el estuche. ¿Qué habrá discurrido S. M.? Alguna tontería. (Se sienta, reflexiona un momento y vuelve á leer la carta mientras la siguiente escena.)

ESCENA VII

DICHA y MOSQUITO

Mos. Ahí está. Hace poco que me he separado de ella, y hace mucho que lo siento. Me he medido las pantorrillas y he adelgazado más de un dedo. Si el viaje dura mucho no sirvo ni para espátula. Este la besa una mano; aquél la otra... y yo mientras, como un jugador arruinado, viéndolas venir, pero sin apuntar. Me decido. (Da un paso hacia Figarina y se detiene.) Y si me suelta... (Hace demostración de dar un bofetón.) No se pescan truchas... A la una, á las dos, á las tres... (Se aproxima de puntillas á Figarina, y con un pañuelo la tapa los ojos.)

FIG. ¿Qué es esto? (Sorprendida, guarda la carta.)
MOS. ¡Chis! (A media voz.)
FIG. ¿Quién es?
MOS. El Rey.
FIG. (¡Este sí que es apuro!) ¿Para qué me tapáis los ojos?
MOS. Para que nadie me vea.
FIG. ¿Qué intentáis?
MOS. ¡Curiosa! (Le besa los cabellos.)
FIG. (Que se la descuente á la Princesa.) (Llevándose la mano de pronto al bolsillo donde tiene el estuche.)
MOS. No te quites el pañuelo hasta que oigas una palmada. (¡Se la dí!) (Se aleja de puntillas, sin poder contener la risa. Figarina se levanta, se quita el pañuelo, y dice con acento de sorpresa é indignación:)
FIG. ¡Mosquito!
MOS. (¡Me partió!) (Deteniéndose.)
FIG. ¡Has cometido una infamia!
MOS. Tú te enojas y yo me relamo.
FIG. Lo que has hecho, implica una usurpación de estado civil.
MOS. A filosofías no me has de ganar tú ni nadie. Todo el mundo sabe que culpas de amantes son tropiezos de ciego.
FIG. ¿Para qué sirve la razón?
MOS. Para probar que de nada sirve, cuando lucha con la brutalidad de la materia. (¡Chúpate esa!)
FIG. Los ojos dan el ejemplo. ¿Te maravillas?
MOS. Porque no lo entiendo.
FIG. ¿Están cerca?
MOS. Sí.
FIG. ¿Se juntan alguna vez?
MOS. No.
FIG. Pues así deben estar los hombres y las mujeres: cerca; pero sin juntarse.
MOS. ¡Bah, bah, bah! Los ojos no se juntan porque son ojos; si fuera el uno ojo y el otro *oja*, saltaban por encima de la nariz... Después de todo, ¿á quién no se le escapa una falta?
FIG. A mí.
MOS. No se te escapa, pero las recoges.
FIG. ¡Mosquito! (En tono de reprensión.)

MOS. ¡Figarina! (Imitándola.)
FIG. ¿A qué te refieres?
MOS. Á lo del príncipe, á lo del anacoreta...
FIG. Sin yo querer. (Exagerando el acento de sinceridad.)
MOS. Y sin enfadarte. (Remedándola.)
FIG. No es cierto.
MOS. ¿Te enfadabas? (Halagándole la idea.)
FIG. Interiormente.
MOS. ¿Luego, no eres lo que pareces?
FIG. Pues, ¿qué parezco?
MOS. Un almendro en flor, al que acuden todas las abejas.
FIG. Y los abejorros. (Dando una palmadita en el hombro de Mosquito.)
MOS. No es mía la culpa.
FIG. ¿De quién?
MOS. Tuya. (Sorpresa de Figarina.) ¿Por qué eres tan bonita?
FIG. Si los demás creen lo mismo, ¿por qué censuras?
MOS. Por... por... por... (Sin encontrar respuesta.)
FIG. Mira, mira: acabemos y márchate. (Mosquito da un paso para alejarse.) Conste, que eres un bruto.
MOS. (Deteniéndose.) ¿Sí?... Pues que me quiten lo bailado. (Váse foro. Esta escena movida, y con el mayor colorido.)

ESCENA VIII

FIGARINA, y á su tiempo, BENJAMÍN

FIG. Ese rumor... (De pronto.) ¡Corren los guardias! (Acercándose al balcón.) ¿Qué habrá sucedido?
BEN. ¡Me persiguen!... (Apareciendo agitado por la puerta de la izquierda.) Si aquí no encuentro un alma caritativa...
FIG. ¡El paje!
BEN. ¡Figarina!
FIG. ¿Sabéis quién soy? (Sorprendida.)
BEN. En la hostería me lo dijeron.
FIG. ¿Qué carreras han sido esas?
BEN. Los guardias de orden público, que se em-

peñaron en atraparnos; pero como nosotros conocemos las entradas y salidas de esta casa, los hemos dejado con un palmo de narices.

FIG. ¿Luego, habéis desobedecido las órdenes del Rey?

BEN. Las órdenes injustas no se obedecen. Mis compañeros y yo nos moríamos...

FIG. ¿Por quién?

BEN. Yo por vos, y ellos por otras.

FIG. Os puede costar la vida.

BEN. Dar la vida por quien se ama, no es dar nada.

FIG. (Entiende la aguja de marear.)

BEN. He atropellado por todo, porque no me gusta tener asuntos pendientes...

FIG. ¿Qué es ello?

BEN. Vengo á cobrar.

FIG. ¿Quién os debe?

BEN. Vos.

FIG. ¿Yo? (Con sorpresa.)

BEN. Cuando ménos, un beso: el que os dí en la hostería. Si hay réditos también los admito.

FIG. Yo nada os pedí.

BEN. Como soy un caballero, me anticipé á evitaros la mortificación que siempre causa pedir prestado.

FIG. Aquello no fué un préstamo: me lo encontré inesperadamente.

BEN. Cuando uno se encuentra algo y parece su dueño, se lo devuelve. Entre personas decentes esto es lo correcto.

FIG. Hay sus más y sus menos.

BEN. Se omiten los menos y se dejan los más.

FIG. Los besos se publican.

BEN. No, señora; se publican los periódicos, los besos se imprimen. Ya que no reconocéis la deuda, dejad que me gane la vida ejerciendo la industria de impresor. (Cae de rodillas, le coge una mano y se la besa.)

FIG. Ea, basta, que el papel no es contínuo. (¡Qué atrevido!)

ESCENA IX

DICHOS, JACINTO y CORO DE PAJES

JAC. ¡Chico!) (Con sorpresa.) Que no es este el momento más oportuno para andar en galanteos.

BEN. ¿Qué sucede?

JAC. Nuestra temeridad, presentándonos en palacio, puede costarnos cara. Sin pérdida de momento hay que buscar un padrino que nos ampare.

BEN. ¿No será mejor una madrina?

JAC. Seguramente.

BEN. Ya la tengo.

JAC. ¿Dónde está?

BEN. Mírala. (Por Figarina.)

FIG. ¿Yo?

BEN. Si intercedéis por nosotros, Su Magestad nos absuelve.

ESCENA X

DICHOS y BAMBOLÍN. Los Pajes al ver al Rey se refugian detrás de Figarina

BAM. ¡Vive Dios, que ahora no me han engañado!

TODOS ¡Señor!...

BAM. Al calabozo.

TODOS ¡Señor!...

BAM. Una hora os concedo para que confeséis vuestras culpas, que no serán pocas, después al palo.

FIG. Soy yo quien debe ir, toda vez que soy yo quien les ha dicho que vuelvan.

BAM. Y ¿por qué te metes á muñidora?

FIG. Porque os vais á casar, y sin la alegría juvenil, vuestra boda parecería un entierro.

Música

BAM. ¿Yo casarme? ¡Guarda, Pablo!
Que con Hinda cargue el diablo.

FIG. ¿Renunciais? (Vivamente.)
BAM. En absoluto.
Vivo alerta, soy astuto,
(A Figarina, recatándose de los Pajes.)
y he cambiado de opinión.
(Toda vez que no me caso,
ya no es fácil un fracaso.)
(Con malicia, por los Pajes.)
Castigaros yo debiera,
(Con acento amenazador.)
pero media mi barbera, (Cambiando.)
y os otorgo mi perdón.

—

CORO Gracias, mil gracias...
muy pocas son;
ya mil no os damos,
sino un millón.
BAM. A Figarina.
FIG. A vos, señor.
CORO Puede haber gracias
para los dos,
porque ofrecemos
otro millón.

—

BAM. Ya que sois tan generosos,
venid acá,
que consejos provechosos
os voy á dar.
CORO Convertidos en oídos
estamos ya;
escuchado y admirado
el Rey será.
(Con exageradas demostraciones de respeto.)

—

BAM. (A los de la derecha.)
Pajecillo revoltoso,
que el amor de las doncellas
solicitas cariñoso,
no te acerques mucho á ellas,
no te vayan á pescar.
Pajecillo alborotado, (A los de la izquierda.
que detrás de lo vedado

te aventuras, aturdido,
ten presente que un marido
te pudiera reventar.

CORO Son razones atinadas;
mas fijáos, señor, en ellas:
si venero á las casadas,
y he de huir de las doncellas,
¿á quién voy á enamorar?

BAM. ¡Hay un plato suculento!
la viüda, que es jamona,
pues conoce el condimento,
que dá el punto, y que sazona
los mânjares del amor.
La educó el primer marido:
y el que sepa manejarse
ha de estar muy bien servido;
conque, pajes, á casarse,
que el bocado es de Prior.

—

CORO El consejo es prudente.

BAM. Ya lo sé yo.
Y ¿qué decís vosotros?

CORO Casarse, no.

—

Que el mismísimo demonio
fué inventor del matrimonio,
y la obra, basta y sobra
para ver que es mala obra,
con saber quién la inventó.
A la niña que machaca
ofreciendo una casaca,
aunque rabie y nos ofenda,
le decimos que esa prenda
nunca un paje la vistió.

—

BAM. ¡Vaya unos nenes.)
(A Figarina, por los Pajes.)

FIG. Muy listos son.

BAM. (Sabe el que menos,
más que sé yo.)
Ratificada
mi absolución. (A los Pajes.)

Tened juicio,
y andad con Dios.

CORO — Gracias, mil gracias...
muy pocas son;
ya mil no os damos
sino un millón.

BAM. — A Figarina.

FIG. — Y á vos, señor.

CORO — Puede haber gracias
para los dos,
porque ofrecemos
otro millón.

BAM. — Ratificada
mi absolución.
Mucho juicio,
y andad con Dios.

FIG. — (A la princesa
ya renunció;
sigo adelante
con mi labor.)

(Mirando al Rey de reojo y con malicia. Vanse los pajes.)

ESCENA XI

FIGARINA y BAMBOLIN

Hablado

FIG. — ¡Bravo, señor! Vuestra magnanimidad me recuerda la de Tito.

BAM. — ¿Tito? ¡Ah, sí!... tu tío Paco, el de Sevilla; porque tú de allá procedes.

FIG. — Tito, el Emperador...

BAM. — ¿Y era magnánimo?

FIG. — Cuando pasaban veinticuatro horas sin hacer un beneficio, exclamaba: «Hoy he perdido el día.»

BAM. — Pues, lo imito á medias. He sido generoso con los pajes, porque no me caso; pero con la princesa, no hay tu tía.

FIG. — ¿Renunciáis á su mano?

BAM. — ¿Has leído la carta de mi padrino?

FIG. — Sí, señor.

BAM. — ¿Le has devuelto el estuche á Hinda?

FIG. (Se turba, y luego contesta resueltamente.) Sí, señor.

BAM. Me parece que no debo entrar en más explicaciones.

FIG. Sin embargo, ella dice...

BAM. La credulidad es la ciencia de los tontos.

FIG. (Abre á hurtadillas el estuche, y en seguida lo guarda.) (¡No queda más que una! Voy á soltarlo en seguida.) ¿Y qué váis á hacer?

BAM. A cortar por lo sano. Devuelvo á la princesa, y que otro cargue con el mochuelo.

FIG. ¿Os atreveréis...?

BAM. No me conoces. Tengo los colmillos retorcidos. A mí nadie me la pega. Vas á ver. (Toca un timbre.)

ESCENA XII

DICHOS y BENJAMÍN

BAM. Hay que llevar este pliego al Soldán de Egipto. (Sacando el pliego del bolsillo.)

BEN. (Ahí enfrente, como quien dice.) (Desanimado y mirando á Figarina.)

FIG. ¿No teme vuestra majestad que el Soldán y sus aliados os declaren la guerra?

BAM. No había dado en ello. Espera.

BEN. Al momento. (Deteniéndose.)

FIG. Una guerra sin cuartel para obligaros á que os caseis con la princesa.

BAM. ¿A mí? Lo veremos. Lleva el pliego en seguida.

BEN. (¡Maldita sea mi suerte!) (Dando con el pié en el suelo.)

FIG. Hay una manera de que vuestra majestad salga del compromiso sin efusión de sangre.

BAM. ¿Sin efusión? Espera...

BEN. (¡Qué gusto!) (Deteniéndose.)

BAM. Dices...

FIG. Que todo lo podéis encontrar llano, adquiriendo además el renombre de generoso.

BAM. ¿Sí? ¿Cómo?

FIG. Haciendo de vicio virtud, que es una gran política.

BAM. ¿Es posible?

FIG. Palabra.

BAM. ¡Chica, chica! ¡Te elevas á una altura incomensurable! Comienzo á descubrir en tí una gran mujer. Devuélveme el pliego. (Benjamín se lo entrega.)

BEN. (¡Me he salvado en una tabla!)

FIG. Lleva este estuche á la princesa. (Mientras Bambolín deja el pliego sobre la mesa.)

BEN. Al momento. (Vase corriendo.)

BAM. Estoy impaciente por saber...

FIG. El príncipe don Gonzalo, que ignora las virtudes del collar, ama apasionadamente á la princesa. (Confidencialmente.)

BAM. ¡Mi sobrino se ha atrevido!... ¡Desdichado! (Colérico.)

FIG. Déjelo vuestra majestad con su desdicha. Que os devuelva la libertad... y vuestra palabra... Tío y Rey generoso, habéis resuelto... (Le habla al oído.)

BAM. Sí... sí... ¡Comprendo! De primer orden (Riéndose.) Resulta una gran idea.

FIG. Que ha salido de mi cabeza.

BAM. Y que deja en paz la mía, porque todo me lo das arreglado. (Suenan las tres en el reloj.) Las tres. La hora señalada... Ponme el manto. Encárgate de la cola.

ESCENA ÚLTIMA

Marcha en la orquesta, durante la cual entran MOSQUITO, BENJAMÍN, JACINTO y los demás pajes; las damas y señores de la corte; y por último, HINDA y DON GONZALO. Los guardias del rey cubren el fondo. BAMBOLÍN va de grupo en grupo recibiendo enhorabuenas, adoptándose una etiqueta que resulte cómica. Después se coloca entre HINDA y DON GONZALO al pie del trono. FIGARINA, cuando deja el manto, no aparta la vista del Rey, siguiendo todos sus movimientos, revelando inquietud

BAM. Señores...

MOS. (¿Discursito tenemos?)

BAM. Me he equivocado.

MOS. (Como siempre.)

BAM. Es á tí, princesa, con quien me caso, y no á vosotros, con quienes no me caso, á quien debo dirigirme en este momento. Llegó el dar el *sí* sacramental. (Hinda lanza un profundo suspiro.)

TODOS ¿Se pone mala?

BAM. Suspira emocionada. Esto suelen hacerlo interiormente algunas princesas cuando por sus consortes sienten el mismo afecto que Hinda por mí. Sólo que ésta viene de allá y no disimula. En marcha.

GON. (¡Adiós mi dinero!) (Marcha en la orquesta.)

BAM. Un momento, señores. (A los músicos. Cesa la música.) Porque he advertido que la mano de la princesa tiembla. ¿Por qué tiembla tu mano?

HINDA ¡Qué se yo!

BAM. ¿Y tú te turbas? ¿Y tu mano tiembla también? ¿Qué es esto? (A don Gonzalo.)

GON. Señor...

BAM. Aquí hay gato. Deja la cola (A Figarina.) ¿Os callais? ¿Sabes, sobrino, que tus marrullerías tienen tres bemoles? Pero no quedarán impunes. Dame tu mano. Dame la tuya. (A Hinda.) Os castigo uniéndoos en santo lazo. Así se vengan los príncipes de mi altura. (Empinándose.)

CORO ¡Qué generoso!

FIG. ¿No os lo dije?

GON. Hinda, ¡qué contento estoy! (La abraza.)

HINDA ¿Qué haces?

GON. ¿No vas á ser mi mujer?

BAM. No paran aquí mis prudentes acuerdos. Como ya estoy en edad de casarme... ¿no sabéis quién va á ser mi esposa?... (Todos hacen indicación de que lo ignoran.) ¡Esta! (Tomando á Figarina de la mano.)

BEN. (¡Adiós mis esperanzas!)

FIG. ¿Yo? (Retirando la mano y fingiendo asombro.) No, señor, no. (Con gazmoñería.)

BAM. ¿Porque no soy un candidato reglamentario?

FIG. Aquello lo dije por celos. ¡Estáis hecho un Abril!

BAM Ya lo sabía yo. (Muy contento.)

FIG. (¡Lo pesqué!)

MOS. (¡Qué mujer se lleva! Si no me hiciera daño, me pegaba un tiro.)

HINDA Si esto es para la elegida del Rey, no me pertenece. (Acercándose á Figarina y presentándole el estuche.)

BAM. Es justo. (Tomando el estuche.) (Aunque para esta no creo que sea necesario.) (Abre el estuche y lanza una exclamación de sorpresa.) (¡Eh, otra fuga! ¡No ha quedado ni una perla! ¡Tres... en media hora!)

GON. ¿Qué ha sucedido? (Acercándose á Bambolín.)

BAM. ¡Nada!... (Mirando á su sobrino con aire de compasión cómica y conteniendo la risa) Nada. (Mientras, cierra la caja sin que su sobrino la vea.) ¡Pobre sobrino! Tu adhesión no ha quedado sin recompensa.

GON. Aquí hay mucho. (Dándole en el corazón.)

BAM. Y aquí... (En la cabeza.) (¡Pobre sobrino!) (Sofocando la risa.)

Música

CORO

Viva la bella
gentil doncella,
consorte digna
de Bambolín.
Te da su mano: (A Figarina.)
tan sólo así,
el Soberano
será feliz.
¡Viva la reina! (Telón rápido.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio Sa Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenber* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las I fantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de Mata, 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del A gel, 12.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de ambas Administraciónes.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directa mente á esta casa editorial, acompañando su importe en sello de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.